

## Concurso de Relatos Breves del COPB

**Modalidad:** Castellano • **Título:** Amarga despedida • **Pseudónimo:** Aibel

Se había acercado hasta la ventana para ver despertar la ciudad; pese a la escasa distancia que separaba la cama de su único contacto con la realidad, añoraba la sensación de calor con la que había amanecido, parecía que se había evaporado tan rápido como sus ansias por participar de ese mundo exterior. Las desérticas calles comenzaban a acoger con luz incierta a los primeros transeúntes, mientras ella esperaba recostada en esa especie de alfeizar interior a que su destino cambiara voluntariamente el desenlace prematuro que había escogido sin tan siquiera establecer un período mínimo de preaviso.

Conmovida por la fría imprecisión de sus recuerdos, regresó nuevamente al confort de su cama. Su habitación se había convertido en su refugio durante las últimas horas, durante las cuales dejó de importarle lo que ahí fuera sucediese. Cada instante era igual al anterior, lo único que cambiaba entre tantas caras tristes era la luz que irradiaba el paso del tiempo, totalmente ajeno a los mismos pasos cortos y ligeros, llenos de inútil urgencia por llegar a ningún destino concreto. Se había cansado de ver corretear a autómatas indecisos por las ajadas aceras de una ciudad cada día más enferma, aunque ésta no fuera consciente de su propio estigma. ¡Qué injusta la vida! pensó. A su entender, parecía que la propia existencia transcurría ajena a su angustia trascendental; mientras que para muchos de los mortales ésta pasaba desapercibida, ella se aferraba a los ecos del hálito que desesperadamente abastecía su cuerpo, no podía soportar como la vida era desperdiciada por ignorantes inconscientes, desaprovechada por farsantes que se centraban en las nimiedades de un mundo lleno de apariencias, corazones vacíos y miradas insulsas. Quizás, por eso, aquella mañana, ni la seguridad de esas paredes parecían reconfortarla.

Regresó pesarosa hacia la ventana, nuevamente esa sensación de inquieta estrechez en su pecho volvía a acompañarla, no pudo resistirse a la agonía, al clamor con el que su alma pedía justicia y dejó resbalar frenéticamente por su rostro torrentes de lágrimas amargas. Acongojada vio como la ciudad iba cobrando vida, mientras ella se perdía en el olvido; pues reparó que el tiempo no cesaría en su empeño de avanzar pese a que ella ya no le pudiera acompañar.

Días atrás todo se había derrumbado estrepitosamente. Como cada día, al igual que las personas que marchaban errantes ahora por esas calles, se había dirigido hacia su trabajo; se había colocado los cascos como cada mañana, para no tener que escuchar las repetitivas conversaciones matutinas a su alrededor, era un hábito que había ido adquiriendo con el paso del tiempo, había hecho un pacto consciente y voluntario consigo misma para aislarse del mundo. Se refugiaba vagamente en su móvil mientras viajaba apretujada en un abarrotado vagón de metro, se había encerrado en sí misma para no tener que sufrir la

indiferencia ni la soledad de una sociedad cada vez más enclaustrada en sus hinchados egos... hasta que al subir las escaleras para salir de la estación su visión se tornó oscura y toda esperanza se apagó. Cuando recuperó el conocimiento se halló en una estéril habitación de hospital; un joven desconocido aguardaba a su lado con una sonrisa que le arrebató su corazón. Las horas que le sucedieron después todavía seguían vagas, confusas y borrosas en su memoria; pero ya hacía tiempo que supo que no merecía la pena intentar recordarlas, pues nada variaría ni haría cambiar su trágico destino. La fatalidad se había apoderado de su maltrecho cuerpo y la había sentenciado.

Pese a que en el exterior los ruidos parecían cobrar vida por arte de magia, en su interior imperaba un silencio ensordecedor, que parecía haberse extendido más allá de los límites de su mente, generando una atmosfera tan aplastante como inquietante a su alrededor. Los ecos de unos pasos la sacaron de su aturdimiento particular. La imagen que tenía enfrente de sí seguía sin tener sentido para ella, así que decidió abandonar el frío cristal de la ventana para volver la mirada hacia la puerta donde le aguardaban los mismos ojos que habían templado su ánimo aquella angustiada mañana en la árida habitación de hospital. El contacto de unos labios sumamente generosos abrigó el tamborileo iracundo de su desdichado corazón. El camisón cayó rodeando su contorno y sumisamente se entregó.

La vida se le escapa lentamente con cada susurro, con cada exhalación su alma se alejaba un poco más de su cuerpo; yacía inmóvil, débil bajo el cobertor de las delicadas sábanas que ahora tapaban su desnudo cuerpo, al abrigo de las caricias de las manos que nunca jamás volvería sentir en su sedosa piel. Asíó con contundencia las delicadas manos que se aferraban ciegamente a los recovecos de su cuerpo y las posó en su pecho, cerca de su corazón, para despedirse de ellas, darles calma y valor. Cerró los ojos con fuerza, las besó dulce, placida y lánguidamente; y, al igual, que la luz del atardecer deja paso a las sombras de la noche, partió con incertidumbre, pero segura de que volverían a reencontrarse otra vez, en otro mundo, en otra vida, menos despiadada y cruel.